

## LOS DERECHOS HUMANOS COMO ESPADAS DEL IMPERIO\*

AMY BARTHOLOMEW Y JENNIFER BREAKSPEAR

La transición de un orden mundial basado en el estado-nación a uno cosmopolita conlleva un desplazamiento muy significativo de la prioridad de la ley internacional a la de los derechos humanos. El principio respecto a que *la ley internacional precede a los derechos humanos* sostenido durante la primera edad de la modernidad (del estado-nación) está siendo remplazado por el principio de la (sociedad mundial) de la segunda edad de la modernidad, que *los derechos humanos preceden a la ley internacional*. Todavía no se ha pensado extensamente en las consecuencias, pero estas serán revolucionarias.

Ulrich Beck<sup>1</sup>

Es el propio núcleo universalista de la democracia y los derechos humanos lo que impide su propagación universal a través del fuego y la espada.

Jürgen Habermas<sup>2</sup>

La guerra de agresión liderada por Estados Unidos (EUA) contra Irak despliega, por cuarta vez desde 1990 (las primeras tres ocasiones fueron la Guerra del Golfo, la intervención de la OTAN en Kosovo y el ataque de EUA a Afganistán), la naturaleza “revolucionaria” de los desarrollos que se

---

\*Traducido por Ruth Felder.

fueron articulando durante la transición de la “primera” a la “segunda” edad de la modernidad. Cualquier transformación que pueda estar ocurriendo no es ni una necesidad histórica ni un corte claro con el pasado. Más bien, se está conformando como un conjunto contradictorio y conflictivo de procesos, dado que la política de la “primera edad de la modernidad” se entrelaza con la política que está emergiendo en esta “segunda edad”. Al enfatizar que el cosmopolitanismo ha traído consigo el “humanismo militar occidental”, Beck lo veía como “basado en un monopolio mundial del poder y la moralidad indiscutidos”. Pero al elaborar este argumento, parecía articular tres posturas respecto de la relación entre la ley internacional y los derechos humanos: no intervencionismo, cosmopolitanismo y lo que sólo puede ser llamado imperialismo (aunque sea “benigno”) —esto es, una situación en la que un poder hegemónico autoproclamado “defiende” los derechos humanos en el exterior mediante su compromiso con un “humanismo militar”.

Queremos sugerir que las justificaciones para la más reciente guerra del Golfo se ubican predominantemente en la tercera categoría, basándose en un compromiso *retórico* depredador con una concepción cosmopolita de los derechos humanos que, de hecho, es manejada al servicio de un proyecto imperialista, más que en lo que Jürgen Habermas denomina “universalismo igualitario”<sup>3</sup>. Los peligros que la gente enfrenta bajo estas condiciones son, por supuesto, “asimétricos” —*quién* enfrenta *qué* peligros es profundamente importante. El uso de la concepción cosmopolita de los derechos humanos como cobertura ideológica para la política imperialista mundial también supone riesgos universalistas, ya que mina no sólo la norma de no intervención tan central para la arquitectura legal internacional de la “primera edad de la modernidad”, sino también el naciente desarrollo de las concepciones cosmopolitas de la ley y los derechos humanos de la “segunda edad”.

Al respecto, merece destacarse que no sólo los halcones neoconservadores de la Administración Bush y los *think tanks* de derecha justifican esta guerra contra Irak refiriéndose en parte a la libertad, la democracia y los derechos humanos para todos, sino que también lo hacen liberales como Jean Bethke Elstain, Christopher Hitchens y Paul Berman entre muchos otros<sup>4</sup>. Estos “halcones liberales” han argumentado que la guerra “anticipatoria” y el “cambio de régimen” son legítimos, en la medida en que la guerra se orienta a contrarrestar amenazas reales a la vida y la libertad humanas y que, aún por la fuerza, la búsqueda unilateral del “cambio de régimen” puede ser una obligación de aquellos que disfrutaron de la libertad. Pero para ellos este objetivo cosmopolita es una obligación que recae principalmente sobre EUA.

Este ensayo se pregunta cómo es que los liberales justifican el humanismo militar en el nombre de la protección de la libertad, los derechos humanos y la democracia, aún cuando un poder imperialista autoproclamado como tal los persiga de manera unilateral. Nos centraremos en las justificaciones que presenta Michael Ignatieff, el director del Centro Carr de Políticas de Derechos Humanos de la Universidad de Harvard, cuyos artículos en el *New York Times Magazine* durante la escalada hacia la guerra y durante la propia guerra ejemplifican el “humanismo militar” del que habla Beck<sup>5</sup>. En su respaldo al “humanismo militar”, actualmente apoyado por muchos defensores de los derechos humanos, y de la política imperialista estadounidense, Ignatieff revela de manera obvia y clara los peligros asociados con las concepciones *nacionalistas liberales* de la política mundial y de los derechos humanos cuando las mismas son articuladas por un poder hegemónico autoproclamado como tal. Mientras las justificaciones cosmopolitas de la intervención militar pueden haber jugado un rol prominente en otros lugares (especialmente en Europa durante la guerra de Kosovo y, tal vez de modo más general, en las organizaciones de derechos humanos), en EUA los liberales han estado acostumbrados a apelar a un humanismo militar cosmopolita en apoyo de un nacionalismo republicano imperialista. Este punto es importante porque las implicaciones de las justificaciones de los halcones liberales para la guerra en Irak liderada por EUA, tanto como las de sus contrapartes neoconservadores, son profundamente *inconsistentes* con los principios cosmopolitas en términos de dimensiones cruciales de moralidad, legalidad y política; porque amenazan con erosionar instituciones multilaterales como la ONU y con legitimar el “cambio de régimen” y la “guerra anticipatoria” por parte de un poder imperial. Plantearemos que *aún* EUA pudiera ser visto como un imperio republicano con motivaciones morales para difundir la democracia y los derechos humanos en el exterior, *no podría hacer esto moralmente, sin socavar el desarrollo de la ley internacional en una dirección cosmopolita, y sin fortalecer aún más el imperialismo*, que hoy se erige como uno de los mayores impedimentos para los derechos humanos y la democracia.

Nuestro análisis se basa en un “cosmopolitanismo crítico” que consideramos necesario para sostener cualquier respeto universal por, y protección de, los derechos humanos y la soberanía popular. Pero esta posición es profundamente sospechosa a ojos de muchos dentro de la izquierda marxista, como puede verse por ejemplo en los escritos recientes de Tariq Ali, Perry Anderson y Peter Gowan. Aunque suscribimos sus críticas al “humanismo militar” de los poderes imperialistas, en la segunda parte de este ensayo sugeriremos que el desarrollo de una política antiimperialista y democrática-

ca a favor de los derechos humanos no requiere despreciar la ley y las instituciones internacionales. Y, a efectos de desarrollar un cosmopolitanismo crítico de este tipo, también necesitamos evitar el “instrumentalismo” que resulta evidente en las críticas de izquierda a la ONU y a los derechos humanos. Más bien, los derechos humanos y las instituciones transnacionales como la ONU pueden ser arenas de lucha cruciales –tal como solían decir los marxistas– que se han vuelto más y no menos pertinentes a partir de la emergencia de un poder imperialista dispuesto a la autolegitimación y la afirmación unilateral en cualquier instancia que le convenga.

#### INTERROGANDO LOS “NO SÉ” DE IGNATIEFF

La ONU yacía recostada como un perro frente al fuego, feliz de ignorar a Saddam, hasta que un presidente estadounidense la tomó por el cuello y la hizo ladrar. Las soluciones multilaterales a los problemas del mundo están muy bien, pero no tienen fuerza a menos que EUA muestre sus colmillos ... El imperium del siglo XXI es una nueva invención en los anales de la ciencia política, un imperio *light*, una hegemonía global cuyas notas distintivas son los mercados libres, los derechos humanos y la democracia, respaldados por el poder militar más imponente que el mundo haya conocido<sup>6</sup>.

¿Quién quiere vivir en un mundo dónde no hay reglas estables para el uso de la fuerza por parte de los estados? Yo no. ¿Quién quiere vivir en un mundo regido por el poder militar del fuerte? Yo no. ¿Cómo obligaremos a la hegemonía militar estadounidense a “respetar la opinión de la humanidad”? *No sé*. Cuando el humo de la batalla se eleva, quienes apoyan la guerra contemplarán una zona de batalla que incluirá las ruinas del orden político multilateral creado en 1945 (...) Apoyar la guerra supone un compromiso de reconstruir ese orden sobre nuevas bases<sup>7</sup>.

Largamente catalogado como un liberal de izquierda principista, Michael Ignatieff “optó”—un término que tomó prestado de Isaiah Berlin—por el ataque a Irak, justo antes de que este se iniciara. Luego de la angustia, y contra sus amigos (incluyendo esos “izquierdistas que ven al imperialismo estadounidense como la raíz de todo mal”)<sup>8</sup>, Ignatieff salió en apoyo de la guerra, insistiendo en que esto no lo convertía a él ni a ningún otro en un “apologista del imperialismo estadounidense” y planteando lo que para él era el principio clave: “El problema no es que derrocar a Saddam por la fuerza sea ‘moralmente injusto’. ¿Quién cree seriamente que 25 millones de iraquíes no estarían mejor si Saddam fuera derrocado?”.

Ignatieff planteó que la justificación “por la consecuencia” de que 25 millones de iraquíes serán liberados supera claramente el argumento “deontológico” que postula que las “buenas consecuencias no pueden justificar matar gente”. Así es como Ignatieff cree que debe responderse al problema moral —el cambio de régimen llevado a cabo, de modo unilateral, por las administraciones de EUA y Gran Bretaña, se justifica moralmente por el propósito cosmopolita de liberar al pueblo iraquí<sup>9</sup>. Pero como si reconociera que la justificación moral para la guerra no es tan sencilla como él lo había afirmado inicialmente, siguió argumentando que aunque era desafortunado que el debate acerca de Irak se convirtiera en un debate acerca del poder de EUA más que acerca de los derechos humanos de los pueblos oprimidos, los hechos del 11-S habían alterado fundamentalmente las amenazas a la seguridad a las que el mundo debe responder; y que aquellos que no reconocieran esto estarían “deseando” ciegamente “poder vivir en la estabilidad y seguridad colectiva del mundo que había existido antes del 11-S”<sup>10</sup>. Argumentando en contra del movimiento mundial contra la guerra y de la opinión pública mundial, sugirió que aunque el hecho de que el mundo no apoyara a la guerra liderada por EUA planteaba un problema, un principio no es errado porque la gente esté en desacuerdo con el mismo (ni es correcto porque esté de acuerdo)<sup>11</sup>. Habiendo afirmado entonces la rectitud moral de esta guerra, sugería que la única pregunta pendiente es si los riesgos valen la pena, si se trata de un movimiento prudente. Por implicación, dado que él apoyaba la guerra, la respuesta ha de ser sí.

Este planteo se parece bastante a la posición que Ignatieff tuvo siempre acerca de que en la época contemporánea las consideraciones de derechos humanos han hecho que los juicios respecto de la guerra y el uso de la fuerza se volvieran complicados. Esto puede verse en su apoyo a las intervenciones militares en Bosnia y Kosovo tanto como en su insistencia en que estas intervenciones demandaban una reformulación radical en la línea del cosmopolitanismo. Al repetir muchas veces la frase banal de que Saddam “es realmente terrible” y al afirmar luego que su régimen no sólo tenía “el peor record de la tierra en materia de derechos humanos” sino que además “poseía armas de destrucción masiva”<sup>12</sup>, también planteaba la pregunta cosmopolita: ¿en función de qué autoridad moral un régimen brutal reclama soberanía ilimitada? Ignatieff reiteró el argumento a favor del imperio estadounidense como la mejor esperanza para instalar la estabilidad, construir la nación, y fomentar los derechos humanos, los mercados libres y la democracia alrededor del mundo. Desde otro punto de vista, su admisión cándida de que esta guerra sería llevada adelante a costa de dejar al orden político multilateral en ruinas parecía contradecir de manera flagrante su apoyo previo al

humanismo militar basado en el multilateralismo. En el año 2000, Ignatieff había planteado incondicionalmente que el Consejo de Seguridad “debe seguir siendo la fuente última de legitimidad para el uso de la fuerza militar” –aunque esto requiriera una “fuerza aplastante” por parte de “guerreros capaces de combatir bajo fuertes reglas de compromiso” dirigida por “una única línea de comando a un gobierno nacional o alianza regional”<sup>13</sup>. Y en 2002 había planteado que EUA debe respetar las normas legales internacionales en relación con cualquier acción militar y “debe aceptar la rendición internacional de cuentas por sus acciones”<sup>14</sup>. Pero la concepción “muscular” de los derechos humanos de Ignatieff<sup>15</sup> pareció preparar el camino para su apoyo inequívoco a la guerra y para su insistencia en que las continuas violaciones de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por parte de Irak significaban que toda la comunidad internacional debía “andar el camino” con el imperio estadounidense<sup>16</sup>.

Ignatieff admitió mucho antes de la guerra que la idea de la obligación de un imperio, el funcionamiento del poder imperial estadounidense inspirado por lo que él ve como “la ideología moral oficial del imperio –los derechos humanos”– estaba muy lejos de la que había sido buscada por los activistas y abogados liberales cosmopolitas de derechos humanos “que habían tenido la esperanza de ver al poder estadounidense integrado dentro de un orden legal y económico transnacional organizado alrededor de la ONU... [En cambio] está surgiendo un nuevo orden internacional, pero se está formando a la medida de los objetivos imperiales estadounidenses”<sup>17</sup>. También reconoció que mientras Europa se inclinaba más hacia un orden multilateral que podría tener la esperanza de limitar el poder de EUA “el imperio no estará atado como Gulliver por mil lazos legales”<sup>18</sup>. Y así, él “optó” a favor del imperio norteamericano, mostrando con cada nuevo artículo mayor confianza en el proyecto imperial de EUA, al cual define, citando a Melville, como un imperio que carga “el arca de las libertades del mundo”<sup>19</sup>.

Este proyecto reconocidamente imperial requerirá una verdadera estabilización de las “zonas fronterizas” –y esto debe hacerse, insiste Ignatieff, “sin negar a los pueblos locales sus derecho a *cierto grado* de autodeterminación”<sup>20</sup>. De este modo, el reconocimiento realista de Ignatieff de que “el imperio light” sigue siendo imperio (esto es, que “el poder real en estas zonas [fronterizas] seguirá estando en Washington” e implicará la protección de los “intereses vitales estadounidenses”) se combina con su insistencia acerca de que el logro de los derechos humanos se basa en la obligación republicana, la cual requiere del imperio como partera: “El argumento a favor del imperio es que éste se ha convertido, en un lugar como Irak, en la última esperanza de democracia y estabilidad”<sup>21</sup>.

¿Cómo debemos evaluar esta posición? Por una parte, Ignatieff reconoce la *realpolitik* de la situación – los horrores sufridos por el pueblo iraquí con Saddam Hussein, la manipulación, las debilidades y complicidad del sistema de la ONU, el enorme poder de EUA, y el hecho de que la invasión estadounidense estaría orientada a los intereses estadounidenses. Por otra parte, ha mostrado un llamativo desprecio por la falta de evidencia, aún antes de la guerra, de la existencia de armas de destrucción masiva o de algún vínculo entre el régimen iraquí y Al-Qaeda. No discutió, hasta donde sabemos, el problema de derechos humanos asociado a la existencia de víctimas civiles. Tampoco analizó los temas relacionados con la contaminación ambiental y otros crueles efectos “colaterales” que produciría la guerra. Seguramente un intelectual liberal preocupado por los derechos humanos que está a favor de la guerra debería haberse ocupado de estos temas. Lo máximo que puede decirse es que Ignatieff se basó en su posición filosófica respecto a que debemos actuar en función del “mal menor”<sup>22</sup>. Pero aún así, no analizó seriamente algunas cuestiones cruciales para calibrar esta ecuación ni tuvo en cuenta el requisito de “proporcionalidad” en el uso de la fuerza en la teoría de la “guerra justa”, ni el enorme problema normativo planteado por la guerra asimétrica (la responsabilidad que debe conllevar el poder de producir “conmoción y espanto” o, como lo dice el propio Ignatieff, el uso de la “fuerza aplastante” contra un “enemigo” con un poder militar muy inferior).

Aún meses después de que se hubiera declarado el fin de la guerra oficialmente, no se han encontrado ni armas de destrucción masiva ni vínculos con Al-Qaeda. Pero la inseguridad y la inestabilidad del mundo ciertamente se han incrementado, tal como lo reconocen los comentaristas lúcidos de todo el espectro político, no sólo por el aumento del odio por el poder y la arrogancia occidentales (y particularmente estadounidenses) sino también por las bombas de racimo arrojadas sobre los niños iraquíes, la contaminación de las ciudades y del agua potable iraquíes, el actual desarrollo de la guerrilla, entre otras razones. Súmesele a esto que las víctimas civiles producidas durante la guerra “oficial” oscilan entre cinco y diez mil según estimaciones de grupos de expertos independientes estadounidenses y británicos, mientras el vocero del Departamento de Defensa de EUA dice que el Pentágono no se ha fijado en la cuestión de las víctimas civiles porque estaba centrado en “derrotar a las fuerzas enemigas, más que en prestar atención a los civiles”<sup>23</sup>. Y ahora Paul Wolfowitz admite que el argumento de las armas de destrucción masiva fue “decidido” por la Administración estadounidense “por razones burocráticas”, mientras Donald Rumsfeld confiesa que las armas de destrucción masiva pueden no encontrarse nunca<sup>24</sup>. Finalmente, en una notoria ruptura con su conducta diplomática usual,

Hans Blix ha admitido que los “bastardos” en la Administración estadounidense veían a la ONU como un “poder ajeno”<sup>25</sup> y “presionaron sobre” los inspectores de armas para producir más informes probatorios mientras iniciaban una campaña de desprestigio contra él<sup>26</sup>.

Pero más allá de todo esto, que para cualquier observador crítico de la guerra y de sus secuelas difícilmente necesite prueba, necesitamos considerar las implicaciones que tiene la justificación de la guerra por parte de los halcones liberales en términos de las categorías de moralidad y legalidad. ¿Qué hacemos frente a un intelectual liberal de la talla de Ignatieff que recomienda eludir, y potencialmente minar, normas fundamentales de la ley internacional, y que basa su apoyo de manera tan directa en el argumento moral a favor de la guerra llevada a cabo por un imperio republicano “moral”? Aún si asumiéramos que las acciones de EUA estaban genuinamente motivadas por, y orientadas a, alcanzar la liberación del pueblo iraquí de la opresión, el pretendido argumento moral para la intervención unilateral falla en dos cuestiones cruciales.

Primero, como lo reconoce Ignatieff, el imperialismo amenaza al republicanismo. Cuando un poder imperial asume el rol de policía global, enfatizando el poder militar, policial y de espionaje secreto, corre mayor riesgo de, tal como lo plantea Habermas, “poner en peligro su propia misión de mejorar el mundo de acuerdo con las ideas liberales”<sup>27</sup>. Esto es obvio a partir de hechos tales como la detención ilegal de los “combatientes enemigos” en la Bahía de Guantánamo (y el rechazo de la Corte Suprema de EUA a considerar la inconstitucionalidad de esta detención), la detención de “extranjeros ilegales”, el maltrato de los ciudadanos estadounidenses sospechados de tener vínculos con grupos terroristas, y el tratamiento de los prisioneros en Afganistán y en las afueras del aeropuerto de Bagdad. Segundo, como también admite Ignatieff, siguiendo a Thomas Jefferson y a la Declaración de la Independencia, la moralidad requiere que mostremos “decente respeto a las opiniones de la humanidad”. El argumento moral de Ignatieff—¿quién podría creer que 25 millones de iraquíes no estarían mejor sin Saddam Hussein?— implica un derecho universal a ser libre de la opresión, y alguna versión de esto puede de hecho ser defendida como un principio moral universal<sup>28</sup>. Pero el problema no es sólo que el imperialismo lo viola, lo que de hecho hace al recortar el compromiso republicano con el imperio de la ley, tanto en el país como fuera de él, sino también que el principio moral fundamental y el núcleo universalista de los derechos humanos no deben “confundirse”, como sucede aquí, con la “demanda imperial de que la forma de vida política y la cultura de una democracia particular... sean ejemplares para todas las otras sociedades”<sup>29</sup>. De nuevo,

mientras Ignatieff es cuidadoso en evitar el “narcisismo” de los anteriores imperios –por ejemplo, la falsa creencia de los imperios de que sus colonizados aspiraban a ser sólo “versiones locales de ellos mismos”<sup>30</sup>– su apoyo a esta guerra bajo estas condiciones unilaterales no puede evitar el “narcisismo” o, dicho más directamente, una imposición imperialista de un falso universalismo<sup>31</sup>.

Prestar “el debido respeto a las opiniones de la humanidad” requiere de un universalismo igualitario que rompa con la concepción nacionalista liberal del republicanismo y un vehículo imperial para su expansión. Esto es así por muchas razones, pero la principal razón moral es que ningún imperialismo “republicano” –aún el de la “república” estadounidense– puede romper con esta perspectiva provincial y particular. Por otra parte, un universalismo igualitario, como dice Habermas, “insiste en el decentramiento de cada perspectiva específica; requiere relativizar la propia postura interpretativa desde el punto de vista de un Otro autónomo”<sup>32</sup>. Es sólo de esta forma que aún un “buen hegemón” podría saber si las acciones que justifica en función del interés de otros son de hecho igualmente “buenas para todos”.

Podemos resumir el problema moral del siguiente modo: el problema es que una parte, aun un “buen hegemón”, no puede asumir *moralmente* una obligación moral unilateralmente. “Optar” por la guerra sin tomar en cuenta las voces de todos aquellos otros que también tienen intereses en juego es inmoral. Asumir *moralmente* una obligación moral requiere que los afectados estén genuinamente involucrados en el trazado de los contornos de la respuesta a la opresión, mutua y recíprocamente. Hacerlo requeriría, como mínimo, esferas públicas políticas globales orientadas a formular una respuesta que tome en consideración el punto de vista de todos en consecuencia, aún un “buen hegemón” basa su justificación (como Ignatieff admite) en el terreno etnocéntrico del nacionalismo liberal – cuyo objetivo es garantizar la seguridad de EUA, posiblemente a expensas de otros y, lo que es muy importante, difundiendo en el exterior la *particular* interpretación estadounidense de los derechos humanos y la democracia. Es por esto que el unilateralismo es moralmente inaceptable. Por lo mismo, como dice Habermas, la “formulación multilateral de un propósito común no es una opción entre otras –especialmente no en materia de relaciones internacionales”<sup>33</sup>.

Esto sugiere por qué la posición de “halcón liberal” de Ignatieff en apoyo del unilateralismo supone un peligro moral. Pero también supone graves peligros para la ley internacional y el futuro de los derechos humanos. Del planteo de Ignatieff se desprende que la guerra podría ser legal, en tanto

sugiere que las continuas violaciones de las resoluciones del Consejo de Seguridad por parte de Irak legitiman la guerra. Este planteo contradice las visiones de un gran número de respetados intelectuales del derecho, incluyendo a la Comisión Internacional de Juristas, que ha condenado la invasión a Irak como una guerra ilegal de agresión, encontrando que no existe “base legal plausible para el ataque”<sup>34</sup>. La reciente guerra en Irak ha ilustrado una vez más la facilidad con la que puede desarrollarse una guerra ilegal, amenazando las normas legales que las naciones habían acordado aceptar. Esto plantea riesgos importantes para la ley internacional, tanto en su orientación característica de la “primera edad de la modernidad” como en su desarrollo hacia un orden cosmopolita en la “segunda edad”.

Al apoyar esta guerra y, más específicamente, al reconocer que la guerra podía pelearse sobre las “ruinas del orden político multilateral”, Ignatieff también parece sugerir que las normas legales internacionales de no intervención y soberanía nacional de la etapa que siguió a la Segunda Guerra Mundial, la “primera edad de la modernidad”, han cumplido su ciclo<sup>35</sup>. Esto supone una derogación peligrosa del principio de no intervención porque viola la regla que plantea que la autoridad legítima para decidir si Irak estaba violando los acuerdos al punto de justificar la intervención es el Consejo de Seguridad, y no el poder hegemónico. Al prescindir de la autoridad legitimadora de la ONU, Ignatieff parece no ver ninguna alternativa razonable al poder soberano de un hegemón imperial que persigue, como él admite, el nacionalismo liberal, el interés propio y una concepción norteamericana de los derechos humanos. Tal viraje no sólo viola el principio de no intervención, sino que también respalda a la doctrina Bush del derecho a librar una “guerra anticipatoria” contra cualquiera que EUA considere hostil a sus intereses —una doctrina que amenaza minar no sólo las normas de no intervención sino también el desarrollo de las normas de universalismo igualitario.

Ignatieff ve claramente el camino trazado frente a nosotros, pero muestra poca preocupación por sus peligros: “[a] un nuevo orden [legal] internacional está emergiendo, pero está siendo construido a la medida de los objetivos imperiales estadounidenses. El imperio suscribe aquellas piezas del orden legal transnacional que convienen a sus propósitos... mientras que ignora o incluso sabotea aquellas partes... que no lo hacen”<sup>36</sup>. El autor afirma que no está ni haciendo una apología ni racionalizando, sino más bien subrayando la realidad de la ley internacional en la era del imperio. El imperio estadounidense no debe estar constreñido por preocupaciones multilaterales. Las instituciones internacionales que pueden ser controladas y comandadas deben ser mantenidas, las que requerirían un marco igualitario

y no pueden garantizar el dominio estadounidense deben descartarse. Esencialmente, Ignatieff no ofrece fundamento jurídico alguno para el humanismo militar sino que meramente aprueba como una obviedad la obligación que EUA dice tener—la obligación de quebrar molestas trivialidades legales en defensa de los derechos humanos y las libertades. “Los estadounidenses son multilaterales cuando le conviene a EUA y unilaterales cuando no les conviene y pueden salirse con la suya. En esta visión, el orden mundial es garantizado por el poder, la fuerza e influencia del superpoder, opuesto a la influencia extensiva de la ley internacional”<sup>37</sup>. Esto sirve como una buena descripción de la política exterior estadounidense, pero si Ignatieff es crítico de esta perspectiva, el lector puede ser disculpado por no haberlo notado.

La ley internacional falló en la etapa preparatoria de la invasión a Irak. Falló el liderazgo imperial estadounidense que intentó usar las normas legales internacionales para enmarcar su intento en una racionalidad legalmente justificable. Fracasaron los líderes de Francia, Alemania y Rusia que jugaron según las viejas reglas mientras otros rescribían el manual de procedimientos. Falló el pueblo de Irak que no tenía poder para enfrentar a los agresores desde adentro y de afuera. Y falló la protesta internacional de ciudadanos del mundo que, preocupados, marcharon en oposición a una guerra injusta de modo desafiante y pacífico en un número nunca antes visto. Todo esto es así porque las normas legales internacionales de la “primera edad de la modernidad” no pudieron evitar que un poder imperial determinado y lo suficientemente fuerte, en términos de Habermas, “rompiera los lazos civilizatorios que, con buenas razones, estableció la Carta de las Naciones Unidas acerca del proceso para alcanzar objetivos”<sup>38</sup>.

Habermas sostiene que los neoconservadores asociados con la Doctrina Bush confrontan a la ley internacional “con una perspectiva bastante revolucionaria [afirmando que] (...) cuando la ley internacional falla, la imposición hegemónica exitosa de un orden mundial liberal es moralmente justificable...” aun cuando es formalmente ilegal<sup>39</sup>. Es de destacar, tal como lo hemos señalado, que esta perspectiva es característica de los halcones liberales como Ignatieff, y de los neoconservadores estadounidenses. Así y todo, resulta asombrosa. ¿Por qué alguien comprometido con los derechos humanos y la democracia, como seguramente lo está Ignatieff, a diferencia de Bush y compañía, reconoce que no toma en cuenta las “consecuencias revolucionarias” asociadas a esta guerra orientada a la anticipación y al “cambio de régimen” y amenaza a la institución internacional que, por más falencias que tenga, es la única que existe actualmente para enfrentar estos desafíos? Con la ratificación de la Carta de las Naciones

Unidas luego de la Segunda Guerra Mundial, los estados acordaron formalmente “renunciar a su derecho soberano de ir a la guerra”<sup>40</sup>. Desde el momento en que esta guerra se basa en el restablecimiento de este derecho, tal vez sería mejor referirse a esto como una “restauración” más que una “revolución”. Los halcones liberales, de modo no muy diferente a los neoconservadores, han apoyado una guerra que no sólo es injusta e ilegal, sino que también amenaza imbricar normas regresivas en la ley internacional. En este sentido, Michael Glenndon ha señalado, en relación con la intervención de la OTAN en Kosovo, que si “el poder se usa para hacer justicia, será seguido por la ley”<sup>41</sup>. Pero esta lógica también funciona en sentido contrario: si el poder se usa para la injusticia, será seguido por la ley injusta.

¿Necesitamos decir que esta no parece haber sido una “única” guerra? Muchos comentaristas han dejado en claro que esta es la *primera* de una serie de estas guerras —como implica el planteo de Ignatieff cuando señala que la “crueldad [i]mperial requiere optimismo como un continuo acto de voluntad”<sup>42</sup>. El imperio debe permanecer vigilante contra todo lo que se oponga a su avance. La crueldad imperial parece requerir también un villano elusivo (se puede escoger entre Osama bin Laden o Saddam Hussein) al que se pueda acechar y cazar a través de las fronteras. Una maquinaria de relaciones públicas bien aceiteada, repleta de políticos que añaden credibilidad y rendición de cuentas, periodistas complacientes que suman “integridad” e intelectuales públicos que le agregan peso, realiza el trabajo preparatorio para la guerra sin fin.

No queremos sugerir que la aprobación de la fuerza militar multilateral por parte del Consejo de Seguridad hubiera podido resolver completamente la falta de legitimidad de la intervención. Reconocemos la naturaleza antidemocrática, por no decir la falta de deliberación, del Consejo de Seguridad, y vemos que la intimidación y el soborno de la Administración Bush minan aún más cualquier posibilidad de lograr una decisión legítima tomada por iguales. Pero al “optar” por la guerra unilateral, Ignatieff también estaba optando *por* formas futuras de unilateralismo, y optando *contra* el multilateralismo en la ley y las instituciones internacionales, fundamentalmente la ONU. Un unilateralismo hegemónico se prepara para intervenir en el vacío que se produce entre las normas de la “primera edad de la modernidad” descartadas y las (todavía por definir) normas e instituciones de la “segunda edad”. La cuestión clave es si una justificación legal internacional para la guerra debe ser reemplazada por la “ley del imperio”, ofrecida por “la política unilateral global de un hegemón que se potencia a sí mismo”<sup>43</sup>. Pensamos que la respuesta es claramente negativa. Como lo nota Hobsbawm:

“pocas cosas son más peligrosas que los imperios impulsando sus propios intereses creyendo que están haciéndole un favor a la humanidad”<sup>44</sup>.

#### EL ARGUMENTO POR UN COSMOPOLITANISMO CRÍTICO

Habermas tiene razón: —no hay ninguna alternativa aceptable al desarrollo de un orden legal cosmopolita donde todas las voces reciban reconocimiento igual y recíproco<sup>45</sup>. También tiene razón al señalar que los países de la “vieja Europa” y otros que enfrentaron la abrumadora presión de EUA antes de la guerra no minaron a la ONU ni la relegaron a la insignificancia, como plantean muchos comentaristas estadounidenses<sup>46</sup>. Al contrario, es este tipo de resistencia lo que puede salvar a la arquitectura legal internacional. Por supuesto, resistir a la dominación estadounidense, salvar y luego transformar a instituciones internacionales como la ONU, y será una hazaña no menor en el contexto del imperialismo norteamericano. La capitulación unánime del Consejo de Seguridad a EUA en la era de la “reconstrucción” revela esta dificultad de manera extremadamente clara<sup>47</sup>.

Obviamente, no hay respuestas fáciles a las preguntas de cómo resistir a la dominación estadounidense, cómo mantener las instituciones internacionales y cómo resistir la perversión de las normas cosmopolitas nacies y de las instituciones transnacionales capaces de cumplirlas. ¿Puede Europa contribuir a contrarrestar determinado imperialismo estadounidense? ¿La esfera pública global, que está surgiendo, como se ha visto por ejemplo en el Foro Social Mundial y en el masivo movimiento en contra de la guerra, puede hacerlo? *No lo sabemos*. Claramente, todos estos son sitios para las luchas antiimperialistas. Pero creemos que también es necesario que se desarrolle un cosmopolitanismo crítico, lo cual a su vez requiere confrontar la pregunta crucial: ¿cómo podemos pensar, para no hablar de crear, los compromisos e instituciones cosmopolitas bajo las condiciones que impone el imperialismo? Para decirlo en los términos de Habermas, ¿cómo podemos mediar de modo democrático y progresivo entre “hechos y normas”—entre los hechos del poder imperial y la demanda normativa de un sistema cosmopolita de gobernabilidad, que incluya el compromiso con los derechos humanos y que pueda permitir el desarrollo de un universalismo igualitario en lugar de uno imperialista?

Una cosa es clara. Esto no puede lograrse mediante posiciones como la de Ignatieff ni mediante la complicidad de intelectuales y funcionarios de Europa y de otros lugares que, habiéndose resistido a la guerra, han virado a las “relaciones transatlánticas” luego de esta y han comenzado a hablar de intentar influir sobre EUA desde adentro del imperio. Al contrario, debe-

mos asumir como mínimo una defensa preliminar del tipo de orientación cosmopolita crítica que según creemos debe desarrollarse, respondiendo a las críticas que el cosmopolitanismo y las instituciones legales internacionales han recibido desde algunas de las voces más fuertes de la izquierda. El cosmopolitanismo es, por supuesto, un territorio en disputa –tanto interna como externamente– y nosotros no planteamos hablar en nombre de la mayoría de sus versiones. Vemos el proyecto de desarrollar un cosmopolitanismo *crítico* como una diferenciación significativa respecto de otras versiones, particularmente de aquellas que Peter Gowan ha llamado “el nuevo cosmopolitanismo liberal”, por no mencionar análisis como el de Ignatieff<sup>48</sup>. Antes de entrar en una revisión de los prolongados debates acerca del cosmopolitanismo, queremos centrarnos en el tratamiento que hacen estos críticos de la ONU, las normas internacionales de no intervención y los derechos humanos.

Tariq Ali es uno de los principales autores que se pregunta acerca del tipo de instituciones, fundamentalmente la ONU, que según la creencia de los cosmopolitas no deben ser arrasadas sino reformadas. Ali ve a la ONU como las “Naciones Unidas de América”, un “instrumento descartable” del poder y la policía estadounidenses<sup>49</sup>. Citando con exactitud punzante, aunque con un exceso de generalización, el modo de acción de la ONU durante el período de posguerra en “manos de EUA”, Ali sugiere que apelar a la ONU para restringir a EUA es como “esperar que el mayordomo despidiera al amo”. Aún reconociendo la profunda división entre EUA y muchos de sus aliados usuales durante la última guerra en Irak, Ali no ve razones para apelar a la ONU. Argumenta que cualquier proyecto antiimperialista debe mirar hacia otro lado –a las luchas dentro del propio Oriente Medio, a la resistencia en Irak y en el corazón del imperio estadounidense y a la lucha antiimperialista global– citando al Foro Social Mundial como un espacio para el desarrollo de campañas para, por ejemplo, clausurar las bases militares estadounidenses<sup>50</sup>. A partir de la guerra, argumenta Ali, el Consejo de Seguridad de la ONU ha reconocido la ocupación de Irak, aprobado su “recolonización” por parte de EUA y “brindado respaldo retrospectivo al ataque preventivo”. Estamos de acuerdo con este último punto. Pero estamos consternadas frente a implicaciones de su argumento de que la Liga de las Naciones al menos “había tenido la decencia de colapsar luego de que su carta fuera seriamente violada”<sup>51</sup>.

Perry Anderson presenta un análisis similar. Dice que los oponentes a la guerra requieren principios para oponerse a ella, no sólo razones prudentes, pero sugiere que las usuales razones de principios ofrecidas para evaluar a la ONU y a la ley internacional no lo harán porque tratan a estas como

si fueran un “bálsamo contra la Administración Bush”. Anderson argumenta que esto es inefectivo, que necesitamos una posición alternativa que, entre otras cosas, reconozca que la ONU no es imparcial (con un argumento parecido al de Ali de que se trata de un mero “mayordomo”), que su estructura es “políticamente indefendible” y que, al menos desde el fin de la guerra fría, ha funcionado como una “pantalla de la voluntad estadounidense”<sup>52</sup> y como un arma del Departamento de Estado, del mismo modo que el FMI es un arma del Tesoro de EUA<sup>53</sup>. Anderson reconoce que algunos elementos de la ONU –sus “afiliados secundarios”– hacen un buen trabajo, mientras que la Asamblea General “no hace mayor daño”. Así y todo, argumenta que el Consejo de Seguridad no tiene perspectivas de reforma y sugiere que “el mundo estará mejor –una arena de estados más honesta e igual– sin él”<sup>54</sup>. Finalmente, lo que es muy importante, sugiere que los derechos humanos son la “palanca para forzar la puerta de la soberanía nacional”<sup>55</sup>.

Gowan retoma buena parte de estos argumentos, pero va más allá en su evaluación crítica de las justificaciones cosmopolitas para el intervencionismo. Gowan caracteriza a las instituciones de gobernanza global como “instrumentos ligeramente disimulados de la política de EUA” y cita a la ONU como “destacable en este sentido”<sup>56</sup>. También realiza una crítica convincente de los “nuevos liberales cosmopolitas” que se niegan a prestar atención a dominación global de EUA, que aplauden a EUA como si fuera una parte en la “comunidad internacional” con la capacidad de luchar por la justicia global y que insisten en señalar que este se ha despojado de su “interés nacional egoísta”<sup>57</sup>. Los critica por apoyar la intervención militar en defensa de los derechos humanos como modo de realizar los principios liberales sobre el poder. En síntesis, Gowan argumenta que las intervenciones humanitarias que han inspirado a los liberales cosmopolitas, y a la vez han sido inspiradas por sus argumentos sobre la justicia cosmopolita, brindan más bien “un modelo de proyección de poder que virtualmente invierte esta descripción”. Y observa correctamente que el nuevo cosmopolitanismo liberal está fijado dentro de “un corset liberal-individualista [que] no le cuadra al mundo tal cual es: no ata al poder estadounidense en su pronóstico de un orden supraestatal”<sup>58</sup>. Finalmente, Gowan argumenta que con intervenciones humanitarias, así como con otras formas de globalización, estamos siendo testigos de un “patrón asimétrico de cambio en el campo de la soberanía estatal” en el que la soberanía de la mayoría de los estados es erosionada en favor de las “prerrogativas excepcionales” de EUA<sup>59</sup>.

En buena medida estamos de acuerdo con este análisis, comenzando por el reconocimiento de que el Consejo de Seguridad de la ONU no es un

árbitro imparcial. Como también hemos planteado, este funciona en un contexto de hegemonía e imperialismo estadounidenses que tiene consecuencias enormes para su capacidad de operar de manera independiente. También estamos de acuerdo con la crítica a los “nuevos liberales cosmopolitas” que no distinguen entre un universalismo imperialista y uno igualitario. Pero queremos hacer tres preguntas: ¿qué sucede con las leyes internacionales y las normas de no intervención?, ¿qué con los derechos humanos? Y ¿por qué no considerar el desarrollo de normas legales y de justicia cosmopolitas como parte de una lucha antiimperialista de largo plazo contra el poder y la dominación de EUA y a favor de que se aborden los problemas de la ONU, el multilateralismo y los derechos humanos, en lugar de relegarlos al “basurero de la historia” o de eludirlos, como parecen hacer estos análisis?

La norma de no intervención, tan central para la arquitectura jurídica internacional de la “primera edad de la modernidad”, recibe tratamientos conflictivos en estos análisis. Por una parte, Anderson y Ali acuerdan en que se trata de una norma fundamental a la que debe adherirse con el objeto de resistir la soberanía asimétrica e imperial asociada con la misión militar justificada por las concepciones cosmopolitas de los derechos humanos<sup>60</sup>. Por otra parte, también argumentan que, dado el carácter instrumental del Consejo de Seguridad en particular, y tal vez de la ONU en general, estaríamos mejor sin ella. Pero aceptar su colapso en aras de una “mayor honestidad” es un serio error. Este problema queda claramente revelado por el uso cínico que Alan Dershowitz hizo de este argumento al apoyar, en EUA, la creación de “órdenes judiciales de tortura”. El razonamiento de Dershowitz no es que debemos alentar la tortura, sino que plantea que, en caso de que los estados vayan a usarla, lo cual, siendo realista, reconoce que harán, debe usársela “honesta” y abiertamente. Anderson y Ali sin duda rechazan esto, pero su noción de que sin el Consejo de Seguridad la política internacional podría brindar una “arena de estados más igualitaria” amenaza claramente con llevarnos a la guerra de todos contra todos hobbesiana, retrotrayéndonos a la etapa previa a la “primera edad de la modernidad”. El colapso del Consejo de Seguridad significará el colapso de la única institución formalmente encargada de hacer cumplir las reglas de la Carta de la ONU, la cual al día de hoy encarna primordialmente la norma de no intervención y el principio de soberanía estatal igualitaria.

Cuando Robert Cooper, el asesor de Tony Blair, y Michael Ignatieff, acuerdan que debemos aceptar un nuevo imperialismo basado en el unilateralismo, en el que los estados hegemónicos tengan libertad de ignorar la ley internacional, y decidir acerca de la necesidad de usar la fuerza militar

en nombre de la seguridad, la construcción de la nación y los derechos humanos por fuera del sistema de Naciones Unidas cuando les resulte conveniente<sup>61</sup>; y cuando esto aparece para reiterar los principales temas de la Estrategia de Consejo de Seguridad de la ONU; entonces sugerimos que es tiempo de reconsiderar la crítica de la izquierda al cosmopolitanismo<sup>62</sup>. Su desdén por la concreción institucional de la ley internacional de la “primera edad de la modernidad” condona efectivamente la eliminación de los límites legales contra la intervención. Esto no sólo es extremadamente imprudente, sino que también contradice el compromiso de estos críticos con la no intervención.

La no intervención es vista por estos autores como un antídoto para la manipulación imperialista de los derechos humanos. Ellos quieren evitar el asalto a la igualdad soberana de los estados que, en su visión, perpetran quienes argumentan a favor de la intervención militar en nombre de los derechos humanos. Entonces, para Anderson, la guerra contra el terrorismo es vista meramente como un “desvío temporario del camino real que lleva a ‘los derechos humanos y las libertades’ alrededor del mundo”. Éstos brindan los “posibles ideales permanentes que requiere una hegemonía”. Los derechos humanos no son sólo una “palanca para forzar la puerta de la soberanía nacional”, sino también una ideología que enmascara la fuerza, brindando una base para el consenso con, y una dirección de, un proyecto imperialista. Así, Anderson condena a los derechos humanos, en estas condiciones, como parte de la “arrogancia de la ‘comunidad internacional’”<sup>63</sup>. Estamos de acuerdo con que el abandono del principio de no intervención en nombre de los derechos humanos conlleva peligros. Estamos de acuerdo en que los derechos humanos pueden ser ideológicamente movilizados como parte de un proyecto hegemónico. Pero la posición que adoptan Anderson y Ali avanza demasiado lejos y puede amenazar al propio núcleo de los derechos humanos<sup>64</sup>.

Es crucial mantener la norma de no intervención que busca proteger no sólo la paz, sino también la soberanía igual de los estados-nación, a la vez que reconoce la protección de los derechos humanos como otra norma clave surgida en la “segunda edad de la modernidad”. Un cosmopolitanismo crítico debe desarrollar una posición que vincula el compromiso de no intervención con el compromiso con los derechos humanos y hace excepciones al principio de no intervención por las cuales los abusadores sistemáticos de los derechos humanos perderían el derecho a la igualdad soberana. Por supuesto, estamos de acuerdo con que la igualdad soberana es violada cuando un estado hegemónico se arroga el poder de intervenir. Este es el corazón de nuestra crítica a los “halcones liberales”. Pero si se realizara

un juicio justo desde el punto de vista de los procedimientos y las condiciones multilaterales orientadas al universalismo igualitario, la “expansión de la justicia internacional” no aboliría la ley internacional. Quienes piensan que sí lo haría están cometiendo el error de rechazar el principio de universalismo igualitario y están equiparando la ley internacional con una concepción defectuosa, *una concepción meramente formal*, de la igualdad soberana. En otros términos, el respeto por la igualdad soberana no debe extenderse a los estados juzgados mediante procesos justos la violación masiva de los derechos humanos. La concepción meramente formal de la igualdad soberana tiene la virtud de evitar los problemas reales de las políticas “aparentemente” cosmopolitas (principalmente, el “humanismo militar” suscripto por, y en interés de, un poder imperial), pero supondría no hacer caso no sólo de los derechos humanos sino también de la *soberanía popular*. Significaría que cualquier estado, sólo por ser un estado, merece el mismo reconocimiento. La izquierda democrática debe rechazar esta posición. Más aún, esta posición viola el principio de “autodeterminación de los pueblos”. Y, en última instancia, una visión meramente formal de la soberanía igualitaria violaría el significado normativo de la ley internacional, que se refiere a la “ley del pueblo”.

Así como cuestionamos a la crítica de la izquierda al cosmopolitanismo, lo cuestionamos a los cosmopolitas: el principio de no intervención no puede sostenerse como incuestionable. Pero rechazamos la posición de los “halcones liberales” que, en realidad, se basan en un imperialismo republicano, y también la de los “nuevos liberales cosmopolitas”, que en última instancia hacen lo mismo. También queremos cuestionar, por lo tanto, el tipo de posición cosmopolita que sugiere que la intervención humanitaria no debe ser una prerrogativa de la ONU, dado que esta no es confiable —o dicho más directamente, que es una “prerrogativa de Occidente”<sup>65</sup>. Como es de suponer, rechazamos esta visión, porque la determinación de acatar un principio moral no puede ser moralmente realizada mediante un único conjunto de intereses, no sólo porque quiebra la ley internacional sino también porque amenaza desarrollar nuevos principios regresivos en materia de ley internacional y porque alienta el imperialismo. No es que no sea moral o legal. Es más bien un universalismo imperialista.

Los cosmopolitas son usualmente acusados de ser peligrosamente utopistas o militaristas. Hemos acordado que algunos análisis que se ubican bajo la etiqueta del cosmopolitanismo o cercanos a esta posición son peligrosos y también estamos de acuerdo en que muchos son utópicos. Pero esto no es una característica exclusiva de los cosmopolitas. Nosotros también estamos profundamente preocupados por la descripción de la necesi-

dad de “guerreros capaces de combatir” y la “letalidad” en nombre de los derechos humanos (descripciones que nos remiten a imágenes de Arnold Schwarzenegger más que a las de la Señora Libertad) y compartimos la posición de los críticos de izquierda de que el humanismo militar, tal como se lo practica actualmente, no restringe al imperialismo (uno de los principales enemigos de los derechos humanos) sino que lo expande, ¿acaso los críticos piensan realmente que no deben hacerse juicios internacionales y que las fuerzas multilaterales no deben desplegarse nunca, por ejemplo en Ruanda o en el Congo? ¿Se trata de un antiutopismo y un antimilitarismo esclarecido o es la negligencia que evita discutir qué hacer en situaciones en las que literalmente millones de personas están muriendo? No es suficiente dar un paso atrás y criticar la complicidad y responsabilidad de Occidente y particularmente la de EUA por alentar estas guerras. Las guerras civiles y la violencia étnica también son grandes enemigos de los derechos humanos y, como lo plantea Daniele Archibugi, la sola reafirmación de la soberanía y de la no intervención “no hace nada para proteger a las víctimas de la violencia dentro de los estados”<sup>66</sup>. Las intervenciones basadas en los derechos humanos deben considerarse un tema legítimo y urgente para la izquierda cuando las mismas puedan orientarse a prevenir abusos masivos de los derechos humanos de la escala del genocidio y a preparar el terreno para un futuro en el que sean posibles procedimientos de solución de problemas más pacíficos y deliberativos<sup>67</sup>.

Pero un cosmopolitanismo crítico podría, por supuesto, implicar otras alternativas también —alternativas destinadas a *evitar* la intervención militar, incluyendo el desarrollo de la supervisión internacional, los tribunales internacionales, etc., cuyos objetivo sea, como en el caso de la intervención, el universalismo igualitario más que un proyecto imperialista de expandir la “justicia occidental”. Poder siquiera imaginar estas posibilidades requiere que la izquierda tenga una orientación diferente de la que discutíamos más arriba.

Así, se torna crucial la última pregunta que hacíamos acerca de la posibilidad de que, como parte de una estrategia antiimperialista, se desarrollaron normas e instituciones cosmopolitas que en parte respondan a los problemas de la ONU, el multilateralismo y los derechos humanos, en lugar de rechazarlos. No tenemos intención de caer en un utopismo ingenuo que no tome en cuenta el poder. Reconocemos plenamente la importancia de la distinción que hace Peter Gowan entre dos tipos de cosmopolitanismo, el “nuevo cosmopolitanismo liberal” (del cual él es justamente un crítico incesante) y el “cosmopolitanismo democrático” (del tipo del que se encuentra en el trabajo de Daniele Archibugi) que tiene la virtud de tratar

de ver una “polis global” capaz de poner a la “minoría rica de estados y grupos sociales” bajo el control de la mayoría global. También reconocemos, con Gowan, que incluso las posiciones “cosmopolitas democráticas” sufrirán debilidades significativas mientras limiten su atención a las instituciones de la política y a los principios para su reforma y no presten atención a la “hercúlea acción popular” que sería necesaria para realizar estos objetivos. Gowan tiene razón: cualquier intento de constituir una solidaridad cosmopolita tendrá que “confrontar las relaciones sociales y económicas del capitalismo actualmente existente”, particularmente cuando un “cosmopolitanismo complaciente” no se enfrenta con el proyecto imperialista real del que la hegemonía de EUA es parte central<sup>68</sup>.

Este es el punto de inicio de un cosmopolitanismo crítico. Pero abordar el problema de la agencia significa *evitar las concepciones instrumentalistas de la arquitectura política de la gobernanza internacional*. Tratar a la ONU (en tanto es el elemento clave de la gobernabilidad global) como un “instrumento” –un “mayordomo” del “amo” (Ali), un “arma del Departamento de Estado de EUA” (Anderson), o “un instrumento levemente disimulado de la política de EUA” (Gowan)– puede ser suficiente para la polémica pero no lo es para el análisis político. Este tratamiento traiciona una concepción del poder inadecuada y poco teorizada, en la que las instituciones internacionales son vistas como capturadas por el poder capitalista y militar al punto de que funcionan meramente como un “instrumento descartable”, frágil y sumiso. Para ser claros, los análisis cosmopolitas democráticos a menudo muestran cierto instrumentalismo en la medida en que ven a las instituciones internacionales como “instrumentos neutrales” que pueden reformarse en cualquier sentido y que no toman en cuenta los obstáculos tanto internos a las propias instituciones como externos que tienen este tipo de proyectos<sup>69</sup>.

Sugerimos que para evitar estos errores instrumentalistas debemos desarrollar un análisis cosmopolita *relacional* de las organizaciones internacionales y de la esfera pública global, utilizando conceptos basados en las lecciones aprendidas en los anteriores debates marxistas sobre la teoría del estado para analizar los límites y posibilidades de las luchas transformadoras en el contexto del nuevo imperialismo<sup>70</sup>. Estas teorías deberán ser retrabajadas para dar cuenta de las relaciones de género y raza, del nuevo contexto de globalización e imperialismo y de los modos en los que las instituciones internacionales difieren de las instituciones estatales capitalistas. Pero para poder saldar la brecha entre los “hechos” del poder imperial y las condiciones para la generación de “normas legítimas” bien podemos comenzar por desarrollar un análisis más matizado de las instituciones internacionales,

de las esferas políticas públicas globales y de principios cosmopolitas como el de los derechos humanos. El análisis debe realizarse en términos relacionales porque sólo así es posible ver a estos ámbitos como “arenas de lucha” —que expresan una materialidad institucional basada en la asimetría entre las clases así como en un amplio espectro de movimientos populares y progresistas. Esta reorientación analítica puede ser capaz de revelar, además de la materialidad de los intereses estatales e imperialistas sedimentada en estas instituciones y esferas públicas, fisuras que puedan representar aperturas para luchas políticas transnacionales democráticas y transformativas. De este modo, también podemos comenzar a abordar las condiciones para esta “hercúlea acción popular” cuya necesidad enfatiza Gowan, a la vez que podemos abrir el análisis para confrontar los obstáculos planteados por las relaciones sociales capitalistas y el imperialismo.

Este tipo de análisis deberá evaluar las posibilidades de luchas tendientes a democratizar las instituciones internacionales tales como la ONU<sup>1</sup>, y prestar atención a las luchas que sean necesarias para transformar a los estados nacionales —incluyendo el estado imperial— de modo tal que estas luchas se vinculen con una esfera pública global que está emergiendo para producir transformaciones en el nivel internacional. Esta reorientación analítica puede permitirnos, finalmente, *valorar* la ley internacional al mismo tiempo que criticamos y luchamos contra sus limitaciones, y expresar *críticamente* y no sólo retóricamente la indignación frente a la violación imperialista de la misma. El punto es la *recuperación* de la política de derechos humanos como parte de un proyecto cosmopolita crítico, explícitamente antiimperialista, pero también favorable al fortalecimiento de la relación entre derechos humanos y soberanía popular. Sólo de este modo podemos comenzar a confrontar los derechos humanos con el imperio.

## NOTAS

- 1 Ulrich Beck, “The Cosmopolitan Perspective: Sociology of the Second Age of Modernity”. *British Journal of Sociology*, 51 (1), p. 83.
- 2 Jürgen Habermas, “What Does the Felling of the Monument Mean?” <<http://slash.autonomedia.org/analysis/03/05/12/1342259.htm>> traducción de “Was bedeutet der Denkmalsturz?”, en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (17/04/2003).
- 3 Sobre el universalismo igualitario, ver Habermas, “What Does the Felling of the Monument Mean?”. Aquí desarrollamos la distinción entre un nacionalismo liberal imperialista y el cosmopolitanismo que

- Habermas propuso y aplicó al análisis de los halcones liberales. Ver *ibid.*, y Habermas, “Letter to America”, *The Nation* (16/12/2002) <<http://thenation.com/doc.mhtml?i=20021216&=habermas>>
- 4 Ver Jean Bethke Elstain, *Just War Against Terror: The Burden of American Power in a Violent World*, New York: Basic Books, 2003; Paul Berman, *Terror and Liberalism*, New York: WW Norton, 2003; y de modo más general, Kate Zernike, “Liberals for War: Some of the Intellectual Left’s Longtime Doves Taking on Role of Hawks”, *New York Times* (14/03/2003) y George Packer, “The Liberal Quandary over Iraq”, *The New York Times Magazine* (8/12/2002).
  - 5 Ver especialmente Michael Ignatieff, “The Burden”, *The New York Times Magazine* (5/01/2003) y “I am Iraq”, *The New York Times Magazine* (23/03/ 2003).
  - 6 Ignatieff, “The Burden”, p. 24.
  - 7 Ignatieff, “Friends Disunited”, *Guardian* (24/03/2003) énfasis agregado.
  - 8 Ignatieff, “The Burden”, p. 26.
  - 9 Ignatieff, “I am Iraq”.
  - 10 Ignatieff, “Friends Disunited”.
  - 11 “A debate on American Power and the Crisis in Iraq”, moderado por Steve Wasserman con Christopher Hitchens, Michael Ignatieff, Mark Danner y Robert Scheer en Radio Nation (19 al 25/03/2003) <<http://archive.webactive.com/radionation/rn20030319.html>> (acceso 10/06/2003).
  - 12 Ver Michael Ignatieff, “Time to Walk the Walk”, *National Post* (14/02/2003) y la cita de él que hace Zernike, “Liberals for War”.
  - 13 Michael Ignatieff, “A Bungling UN Undermines Itself”, *The New York Times* (15/05/2000).
  - 14 Michael Ignatieff, “Human Rights, the Laws of War, and Terrorism”, *Social Research*, 69 (4), pp. 1145, 2002.
  - 15 Este es el término acuñado por Doris Buss para caracterizar la posición de los halcones en la mesa redonda contra la guerra realizada en la Universidad de Carleton (24/03/2003).
  - 16 Ignatieff, “Time to Walk the Walk”.
  - 17 Michael Ignatieff, “Barbarians at the Gate?”, *The New York Review of Books*, 49 (3) (28/02/2002).
  - 18 Ignatieff, “The Burden”, p. 50.
  - 19 *Ibid.*, p. 24.
  - 20 *Ibid.*, p. 50, énfasis agregado. Nótese también cómo este análisis de las “zonas fronterizas” se parece al del neoconservador Thomas Barnett, del Naval War College, quien enfatiza los peligros que representan para

EUA los países que están “desconectados” de la globalización económica y la necesidad de atender este problema. Ver Thomas P.M. Barnett, “The Pentagon’s New Map: It Explains Why We’re Going to War and Why We’ll Keep Going to War”, *Esquire* (3/2003) <<http://www.nwc.navy.mil/newrules/ThePentagonsNewMap.htm>> Ver también Jim Lobe, “Pentagon Moving Swiftly to Become GloboCop”, *Inter Press Service* (11/06/2003).

- 21 Ignatieff, “The Burden”, p. 54.
- 22 Michael Ignatieff, “Mission Possible”, *The New York Review of Books* (19/12/2002).
- 23 Simon Jeffrey, “The War May have Killed 10,000 Civilians, Researchers Say”, *Guardian* (13/06/2003).
- 24 David Osborne, “WMD Just a Convenient Excuse for War, Admits Wolfowitz”, *Independent* (30/05/2003). Ver también Paul Krugman, quien sugiere en el *New York Times* que si el argumento de que Saddam “planteaba una amenaza inminente...fuera fraudulento, la propaganda a favor de la guerra es el peor escándalo en la historia política estadounidense...”. “Standard Operating Procedure”, *New York Times* (3/06/2003).
- 25 John O’Farrell, “Hans off the UN”, *Guardian* (13/06/2003).
- 26 Helena Smith, “Blix: I was Smeared by the Pentagon”, *Guardian* (11/06/2003).
- 2 Habermas, “What does the Felling of the Monument Mean?”, párrafo 36.
- 28 Para una articulación brillante y más resumida de esta idea como un derecho moral básico a la justificación, ver Rainer Forst, “The Basic Right to Justification: Toward a Constructivist Conception of Human Rights”, *Constellations* 6(1), 1999, pp. 35-60; y para una ampliación sobre el transnacionalismo, ver Forst, “Towards a Critical Theory of Transnational Justice” en Thomas W. Pogge, ed., *Global Justice*, Oxford: Blackwell Publishers, 2001, pp. 169-87.
- 29 Habermas, “What does the Felling of the Monument Mean?”, párrafo 41, énfasis agregado.
- 30 Ignatieff, “The Burden”, p. 53.
- 31 Sobre este tema ver Amy Bartholomew “Human Rights and Post-Imperialism”, *Buffalo Human Rights Law Review*, en prensa, 2003; y “Toward a Deliberative Legitimation of Human Rights”, *Warwick-Sussex Papers in Social Theory*, 6, 2001.
- 32 Habermas, “What does the Felling of the Monument Mean?”, párrafo 43.

- 33 Ibid., parágrafo 47.
- 34 Ver Comisión Internacional de Juristas, “Iraq –This War Must be Conducted Lawfully” <[http://www.icj.org/news/php?id\\_article=2774&lang=en](http://www.icj.org/news/php?id_article=2774&lang=en)> (accedido 9/06/2003). Ver también The Center For Economic and Social Rights Emergency Campaign on Iraq, “Tearing up the Rules: The Illegality of Invading Iraq” (03/2003) <[www.cesr.org/iraq/docs/tearinguptherules.pdf](http://www.cesr.org/iraq/docs/tearinguptherules.pdf)> (accedido 31/05/2003); Michael Ratner, “War Crime Not Self-Defense: The Unlawful War Against Iraq” <[http://www.ccrny.org/v2/print\\_page.asp?ObjID=BmreedARu7&Content=107](http://www.ccrny.org/v2/print_page.asp?ObjID=BmreedARu7&Content=107)> (accedido 12/06/2003); y Phyliss Bennis, “Understanding the U.S.-Iraq Crisis: The World’s Response, the UN and International Law”, volante del Institute for Policy Studies (1/2003).
- 35 Ignatieff, “Friends Disunited”.
- 36 Ignatieff, “Barbarians at the Gate?”.
- 37 Ignatieff, “Time to Walk the Walk”.
- 38 Habermas, “What does the Felling of the Monument Mean?”, parágrafo 10.
- 39 Ibid., parágrafo 8. Habermas plantea su visión de la diferencia entre la intervención de la OTAN en Kosovo y la Guerra del Golfo de 1991, a las cuales apoyó, y la más reciente guerra de EUA contra Irak, a la cual critica profundamente en “Letter to America”. Sobre Kosovo, ver también Habermas “Bestiality and Humanity: A War on the Border between Legality and Morality”, *Constellations*, 6(3) 1999.
- 40 David Chandler cita a Louis Henking en este punto. Ver “International Justice” *New Left Review*, 6, p. 59.
- 41 Citado en Danilo Zolo, *Invoking Humanity: War, Law and Global Order*, Londres: Continnum Press, 2002, p. 67.
- 42 Ignatieff, “Barbarians at the Gate?”, p. 6.
- 43 Habermas, “What Does the Felling of the Monument Mean?”, parágrafo 34. Tomamos su caracterización de esto como la “ley del imperio” de los comentarios de Trevor Purvis en la mesa redonda contra la guerra realizada en la Universidad de Carleton (24/03/2003).
- 44 Eric Hobsbawn, “America’s Imperial Delusion”, *Guardian* (14/06/2003).
- 45 Esto no implica la necesidad de un “gobierno mundial” o el fin de la soberanía estatal. Ver Jürgen Habermas, *The Postnational Constellation: Political Essays* traducido por Max Pensky, Cambridge, MA: MIT Press, 2001; John S. Dryzek, *Deliberative Democracy and Beyond*, Oxford: Oxford University Press, 2000; y Daniele Archibugi, “Cosmopolitical Democracy”, *New Left Review*, 4, 2000.

- 46 Es mejor el análisis en Habermas, “What does the Felling of the Monument Mean?” y Marc Lynch, “Irrelevance Lost”, *Middle East Report Online*, 20/03/2003 <[www.merip.org/mero/mero032003.html](http://www.merip.org/mero/mero032003.html)> (accedido 29/05/2003) que el argumento de Arundhati Roy en “Instant-Mix Imperial Democracy (Buy One, Get One Free)”, que enfatiza cómo las naciones “resistentes” se endeudaron continuamente en nombre de EUA <[http://www.wagingpeace.org/articles/03.05/0513roy\\_instant-mix.htm](http://www.wagingpeace.org/articles/03.05/0513roy_instant-mix.htm)>(accedido 20/05/2003).
- 47 Refiere tanto a la imposibilidad de aprobar la declaración “Uniting for Peace” como a la capitulación del Consejo de Seguridad a la demanda de EUA de una administración de posguerra estadounidense. Ver Tariq Ali, “Business As Usual: The UN has Capitulated. Now let the North’s Plunder of the South Begin”, *Guardian* (24/05/2003).
- 48 Peter Gowan, “Neoliberal Cosmopolitanism”, *New Left Review*, 11, 2001, p. 84. Algunos ubicarían a Ignatieff dentro de esta categoría pero creemos que su posición puede describirse mejor como imperialismo republicano, a pesar de que incluye muchos de los rasgos que Gowan asocia a los “nuevos liberales cosmopolitas”.
- 49 Ali, “Re-colonizing Iraq”, *New Left Review*, 21, p. 15.
- 50 Ibid., pp. 16-18.
- 51 Ali, “Business as Usual”.
- 52 Perry Anderson, “Casuistries of Peace and War”, *London Review of Books*, 25(5) (6/03/2003).
- 53 Perry Anderson, “Force and Consent”, *New Left Review*, 17, p. 8.
- 54 Anderson, “Casuistries of Peace and War”.
- 55 Anderson, “Force and Consent”, p. 9.
- 56 Peter Gowan, “Neoliberal Cosmopolitanism”, *New Left Review*, 11, p. 84.
- 57 Ibid., p. 81.
- 58 Ibid., p. 91.
- 59 Ibid., p. 85. “International Justice” de David Chandler desarrolla el tema de la erosión de la igualdad soberana y presenta una extensa crítica del ataque que los derechos humanos cosmopolitas han perpetrado sobre las normas de no intervención y la igualdad soberana de los estados que brinda el anclaje jurídico, aunque difícilmente sustantivo, para la “primera edad de la modernidad”.
- 60 Aquí, el planteo es similar al de Chandler en “International Justice”.
- 61 Para este análisis de Blair, ver David Chandler “Imperialism May be Out, But Aggressive Wars and Colonial Protectorates are Back”, *Observer* (14/04/2002) <[www.observer.co.uk/worldview/story/0,11581,684308,00.htm](http://www.observer.co.uk/worldview/story/0,11581,684308,00.htm)> (accedido 18/04/2003).

- 62 “The National Security Strategy of the United States of America”, “La estrategia de seguridad nacional de EUA se basará en el internacionalismo distintivo de EUA, el cual refleja la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. El objetivo de esta estrategia es contribuir a que el mundo no sólo sea más seguro sino mejor” (11/2002) p. 1 <<http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.pdf>> (accedido 30/05/2003).
- 63 Anderson, “Force and Consent”, pp. 29-30.
- 64 Esto también amenaza retrotraernos a los debates estériles acerca de los derechos y los derechos humanos que se desarrollaron en la izquierda durante los ‘70 y ‘80 respecto de si la izquierda debe estar “a favor” o “en contra” de los derechos humanos y constitucionales, y del imperio de la ley. Ver Amy Bartholomew, “Should A Marxist Believe in Marx on Rights?”, *Socialist Register* 1990, Londres, Merlin, 1990.
- 65 Chandler, “International Justice”, p. 61. Ver también Gowan, “Neoliberal Cosmopolitanism”, p. 91.
- 66 Daniele Archibugi, “Demos and Cosmopolis”, *New Left Review*, 13, 2002, p. 35.
- 67 Ver Karl-Otto Apel “On the Relationship Between Ethics, International Law and Politico-Military Strategy in Our Time: A Philosophical Retrospective on the Kosovo Conflict”, *European Journal of Social Theory*, 4(1). Esto también marca nuestro desacuerdo con la evaluación que hace Gopal Balakrishnan en el sentido de que el “nuevo Habermas” es “esencialmente un filósofo del establishment” y que el “viraje hacia el discurso de la ética permite correr una cortina de eufemismo mistificador sobre la enormidad del imperialismo contemporáneo”. “Overcoming Emancipation”, *New Left Review*, 19, 2003, p. 124.
- 68 Gowan, “Neoliberal Cosmopolitanism”, p. 93. La idea de un “cosmopolitanismo complaciente” es atribuida a Timothy Brennan “Cosmopolitanism e Internacionalism”, *New Left Review*, 7, 2001.
- 69 Estas limitaciones analíticas se reflejan también en las respectivas posiciones acerca de los derechos humanos.
- 70 Ver por ejemplo Nicos Poulantzas, *State, Power and Socialism*, traducido por Patrick Camiller, London: Verso, 1978; Stuart Hall, *Drifting into a Law and Order Society*, Amersham: The Cobden Trust, 1980; Stuart Hall, “Nicos Poulantzas: State, Power and Socialism”, *New Left Review*, 119, 1980; Ralph Miliband, “Poulantzas and the Capitalist State”, *New Left Review*, 82, 1973; Leo Panitch, “The New Imperial State”, *New Left Review*, 2, 2002 y “The Role and Nature of the Canadian State”, in Leo Panitch, ed., *The Canadian State: Political Economy and Political Power*, Toronto: University of Toronto Press, 1977.
- 71 Dryzek, *Deliberative Democracy and Beyond*.